

## EL JUICIO. JORNADA 12ª

El acusado se mostró sereno, reflexivo y hasta parsimonioso en sus declaraciones ante el tribunal que le juzga

# ARMADA NIEGA QUE EL REY LE HICIERA CONFIDENCIAS

José ONETO

Madrid — «Desde mi salida de la Secretaría General de la Zarzuela, el Rey no ha tenido confidencias conmigo y, por tanto, ni pudo hablarme del golpe ni pudo decir nada sobre esa "reconducción"».

La afirmación categórica del general de división Alfonso Armada Comyn, segundo jefe de Estado Mayor del Ejército el 23 de febrero de 1981, pronunciada en la sala de audiencias del Servicio Geográfico del Ejército, destruye por completo parte de la declaración de ayer del teniente general Jaime Milans del Bosch y Ussía, ex capitán general de Valencia.

Milans, que ha llegado a repetir hasta la saciedad que Armada le había dicho que tanto el Rey como la Reina apoyaban el golpe y que el deseo del Monarca, una vez producido el asalto del Congreso, era «reconducir» el golpe, ha seguido sin inmutarse las declaraciones de Armada, aunque su rostro, moreno, curtido, ha reflejado en varios momentos la contrariedad.

Muy cerca de él, en la mesa tapizada de rojo destinada a los testigos, el general Alfonso Armada ha colocado una libreta negra en la que durante estos días ha apuntado de cuando en cuando, se ha sentado con un cierto protocolo, se ha aclarado la voz y ha mirado a su izquierda al fiscal togado.

«Con la venia, señor.» El fiscal, antes de empezar, ha durlado unos segundos.

—General Armada, ¿recuerda usted que entre el 17 y el 19 de noviembre de 1980 tuvo usted en Valencia una reunión con el capitán general Jaime Milans del Bosch en la que hablaron de la situación política de España?

—Lo recuerdo perfectamente. Recuerdo que en esas fechas visité Valencia para ultimar unas obras de la casa de mi mujer y que coincidiendo con esa visita

hablé largo con el general Milans sobre la situación política del país en general. Lo recuerdo muy bien...

—¿Recuerda usted si por esas fechas había tenido una reunión con Su Majestad el Rey en Lérida?

—No recuerdo si fue por esas fechas. Lo que sí puedo decir es que cuando el Rey iba al Pirineo yo lo veía, pero sólo cuando él me llamaba. De todas formas, no recuerdo ninguna conversación con el Rey.

La voz del general Armada, menos rotunda, menos violenta que la de Milans, es más atiplada, más suave.

Su discurso es más lento, más reflexivo. Nunca dice absolutamente no ni exactamente sí. Al contrario, siempre encuentra el adjetivo, la frase contrapuesta, el detalle. Su expresión parece más fruto de la reflexión que de la emoción.

## Enero de 1981

Cuando habla, lo hace con respeto, sin ironías, sin malos modos. Frente a un Milans que esta misma mañana, con entonación muy madrileña ha señalado que ya había repetido una respuesta dos-veces (poniendo el énfasis en la pronunciación y entonación de las sílabas), Armada es discursivo, lento, casi protocolario.

Cuando Armada habla de Milans dice que le una antigua amistad, poniendo el acento en el pasado. Cuando habla del Rey, siempre es con el correspondiente tratamiento. Cuando habla de una fecha, de una hora, procura siempre ser lo más explícito posible, lo más detallista.

«Quiero —dice— que las cosas queden claras. Por aquellas fechas de enero de 1981 creo que había un deseo general de que las cosas se enderezasen. El Ejército no estaba cómodo de como se estaban llevando las cosas, del Estado de las autonomías, del terrorismo. Recuerdo que efectivamente el 10 de enero me reuní a almorzar con Mi-

lans, Mas, Inglés y esposas en Capitanía General. Yo había vuelto a Valencia para las obras de la casa de mi mujer y almorzamos en Capitanía. Hablamos del desfile de las Fuerzas Armadas en Barcelona y de las dificultades generales de España. Pero en ningún momento le hice a Milans ninguna confidencia de nada que me hubieran dicho los Reyes, porque los Reyes, desde que yo dejé la Secretaría General de La Zarzuela, ya no me hacían confidencias. El giro que tenía que experimentar la política española era sólo un deseo mío expresado a Milans.»

En la sala hay un profundo silencio. La coartada de Milans del día anterior, su insistencia en que todo provenía del Rey, su argumen-

to a que el Rey conocía la operación, no tiene sentido, porque en esas fechas ni yo ni el propio Milans sabía nada...»

## Las salidas

El fiscal insiste una y otra vez en el contenido de ese almuerzo, del que, según Milans, saldría la reunión de la calle del General Cabrera, de Madrid, con Tejero y Torres Rojas, entre otros.

Armada, con tranquilidad, con parsimonia, entra en detalles pequeños, circunstanciales y de color para quitar importancia a lo que parece ser un almuerzo social...

—¿No le importó en algún momento propiciar una salida extraconstitucional?

66  
**Cuando el Rey iba al Pirineo yo lo veía, pero sólo cuando él me llamaba. De todas formas, no recuerdo ninguna conversación con el Rey**  
 99

to de que Armada le había dicho que el Rey había dicho... parece venirse abajo. Ni Armada había hablado con los Reyes, ni los Reyes habían hablado nada de «reconducir» ningún golpe, ni siquiera Armada, según dice, había hablado de esas posibilidades...

Milans, con los brazos cruzados, oye atentamente la declaración de su antiguo amigo, el preceptor del Rey. «Su Majestad nunca me habló de que estaba harto de Adolfo Suárez, y el día 29 de enero, cuando dimite, para mí fue una sorpresa grande, porque no creía, a pesar de las dificultades, que dimitiera. Y referente a la existencia de esos supuestos grupos "violentos" o más "radicales", nunca supe nada, ni de ello

La respuesta del general es rápida, como si estuviese esperando la pregunta desde hace meses:

—Todas las salidas fueron de acuerdo con la legalidad vigente y a las órdenes de mis superiores.

Yo he estado, estoy y estaré siempre a las órdenes del Rey. No se trata de una fidelidad personal, sino de algo que se transmite de generación en generación...

El silencio es absoluto. Pregunta el fiscal:

—¿En esa comida del 10 de enero se habló de Tejero —En absoluto.

—¿Se habló de la acción de grupos violentos dentro del propio Ejército? —No lo recuerdo para nada. No. En esa comida ni nos pusimos de acuerdo para nada ni quedé comprometido para-

ninguna acción específica.

Armada niega que supiera la reunión de la calle del General Cabrera, niega que comprometiera su asistencia, niega que Ibáñez Inglés, segundo jefe de Estado Mayor de Valencia, le informase en Lérida días más tarde de la reunión de Madrid y matiza que lo único que le entregó Ibáñez en Lérida fue un artículo de DIARIO 16, firmado por el comandante Reinlein.

## Visperas

El fiscal intenta, por todos los medios, arrancar a Armada (al que trata casi siempre de usted) si habló o no con Milans la víspera del golpe, si le llamó al teléfono que le había dado el propio Milans, de la casa de un hijo del coronel Ibáñez Inglés. El general da horarios, visitas, actividades, para demostrar que ni el 21 de febrero ni el 22 habló con el capitán general de Valencia por ese teléfono.

«Ese número de teléfono —repite una y otra vez Armada— ni lo tengo ni lo he tenido.»

El fiscal insiste, el defensor protesta, Armada se mantiene en sus trece.

Armada explica con detalles su comida con Enrique Múgica y Reventós en casa del alcalde de Lérida. Dice que se habló de política, de militares, del presidente Suárez, y que informó de ella, al terminar, al capitán general de Cataluña.

Armada explica que los rumores sobre su posible promoción política eran cosas de los periódicos y de Emilio Romero, que había publicado un artículo «que me hizo polvo». Armada explica todo con tal minuciosidad que hasta ofrece al tribunal la posibilidad de contar todo lo que hizo en el mes de febrero de 1981.

Y cuando Armada se explica, lo hace con moderación, con mesura, casi con protocolo.

## Detalles

Frente a un Milans que durante buena parte de esa

misma mañana ha contestado casi con impertinencia, hasta el punto que el defensor del comandante Cortina, el letrado García Villalonga, ha tenido que decirle que el que preguntaba era él y no el procesado, Armada es más explícito de lo que quiere el ministerio fiscal, más detallista, más deseoso, dice, de que las «cosas queden claras». Siempre, antes de contestar, hay una ligera sombra de duda que parece responder más a la reflexión, al encuentro de la palabra y el concepto adecuado, que a la sospecha de culpabilidad.

En la sesión de la tarde, la minuciosidad de Armada llega hasta la exasperación del propio presidente del tribunal, el teniente general Luis Alvarez Rodríguez.

«El testigo —dice el presidente— ha dicho eso ya tres veces con todo lujo de detalles.»

Armada, disminuido por la rotundidad del presidente, y, quizá también por la fuerza de la misma sala de justicia, recoge velas. Pero dura poco. En pocos minutos vuelve al detalle, a la anécdota, a la fecha concreta. Existe la impresión de que se conoce perfectamente el sumario, de que hay muy poco que se le escape.

«Todo un año —se justifica muchas veces— me ha dado mucho tiempo para reflexionar.»

## Contradicciones

De todos modos cae en contradicciones y en la posición de estar convencido de poseer la verdad.

Dice que se equivoca el capitán general Pascual Gálvez cuando en un informe señala que el general Alfonso Armada no le informó de su visita al capitán general Milans cuando estuvo en Valencia por un asunto particular. Dice que se equivoca el director de la Seguridad del Estado, Francisco Laína, cuando en su declaración afirma que criticó a Su Majestad el Rey después de oír el mensaje



Armada afirma que no habló en ningún momento con Milans por teléfono.

66  
Yo sólo pretendía hacer algo que fuera constitucional y formar un Gobierno presidido por mí o por otro que permitiera la liberación de los diputados



El fiscal acosó en la sesión de ayer al general Armada.

66  
Me una una amistad grande con Milans y no le considero esa noche como rebelde. Nunca me atrevería a darle órdenes, ni siquiera a sugerirle nada

—¿Conocía usted a Antonio Izquierdo?

—No, no le conocía. Era la primera vez en mi vida que hablaba con él. No me extrañó que me llamara. Esa noche me llamaba todo el mundo para todo...

Staff

El fiscal le pregunta por el comandante Cortina. Armada se extiende de nuevo. Hace historia del hermano del comandante Antonio, para afirmar luego que Cortina no es de su staff, porque él no tiene ningún staff.

No sabe nada de la reunión de la calle Juan Gris; no sabe nada de ese mando bicéfalo que le anuncia Cortina a Tejero «todos los mandos bicéfalos en la historia militar han resultado pésimos»; no sabe nada de la reunión de General Cabrera; no sabe nada...

Tiene una gran habilidad el general Armada. Tiene tanta habilidad que ahora, a preguntas del abogado defensor de Milans, el coronel Salvador Escandell, dice que le «une» una amistad grande con Milans y nunca consideró a Milans esa noche como «rebelde».

En unas horas ha sustituido el pasado por el presente, ha vuelto a reanudar su antigua amistad con Milans hasta el punto que afirma categóricamente: «Nunca me atrevería a dar órdenes a Milans, ni siquiera a sugerirle nada».

Habla Armada de su preocupación por las auto-nomías, de la necesidad de «reconducir» la política española en el mes de enero. Habla Armada de enderezar el rumbo de España. Insiste Armada en que él no cuenta nunca sus entrevistas con el Rey, en que nunca las ha contado, en que er todo caso cuenta alguna anécdota cuando pasa e tiempo...

Armada habla y habla. No aclara las contradicciones evidentes que existen. No sólo entre él y Milans sino entre él y otros muchos por encima de toda sospecha.

Son las seis de una tarde luminosa de marzo cuando el presidente del tribunal, el teniente general Luis Alvarez Rodríguez, levanta la sesión.

El general Armada, después de dar el taconazo reglamentario ante el tribunal, se retira a su sitio. A su lado, Milans ni siquiera le mira.

por televisión. Dice que se equivocó el coronel Diego Ibáñez, segundo jefe de Estado Mayor de la III Región Militar, cuando dice que el general procesado llamó a Milans, a un teléfono de Valencia que se le había dado el día anterior. Dice que se equivocó el secretario del Rey, general Sabino Fernández Campos, cuando en un documento asegura que Armada se ofreció con insistencia para presentarse en la tarde del 23 de febrero en La Zarzuela y ayudar al Rey...

Ya con voz más cansada el general Armada va explicando su actuación en la dramática noche del 23 de febrero. «Todo mi interés aquella noche estaba en encontrar soluciones para terminar con la ocupación del Congreso. Consulté la Constitución y me agarré al párrafo que decía que la soberanía estaba en el pueblo. Por eso intenté que Tejero retirase las metralletas: para que pudiesen votar los diputados libremente.»

Constitución

El fiscal le escucha sin interrupciones.

—¿Se ajustaba el sistema propuesto a la Constitución? Armada parece que lo tiene todo pensado, estudiado, meditado.

—Me da vergüenza lo que voy a decir, pero la Constitución no tenía previsto una situación como aquella. Lo que en ese momento me dictó mi conciencia fue resolver un problema de emergencia. La solución que yo proponía la consulté con la Zarzuela, con el general Sabino Fernández Campos, secretario del Rey, que en algún momento me dijo que era anti-constitucional. Había tres fórmulas: No ir al Congreso, ir en nombre del Rey o bien ir de forma oficiosa. No ir no era bueno y al Rey no se le podía comprometer. Sabino me dijo que fuera a título personal.

La solución la consulté igualmente con el teniente general Gabeiras, jefe del Estado Mayor y con el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, general Alfaro. Yo sólo pretendía hacer algo que fuera constitucional y formar un Gobierno presidido por mí o por otra persona que permitiera la liberación de los



Armada niega también sus conversaciones telefónicas con Milans.

diputados. Nunca di nombres de ese Gobierno. No di nombres ni de socialistas ni de comunistas. Al salir me dijo Gabeiras «trate usted de resolver la situación».

Es la parte más confusa de la declaración de Armada. El general, tan metódico en otros extremos, no explica, a pesar de las reiteradas preguntas del fiscal, su alarmismo anunciando que la II, IV, V, y VII Regiones Militares apoyaban a Milans del Bosch.

El general, tan detallista en llamadas y citas no recuerda haber criticado al Rey por su mensaje en televisión en el despacho de Laina, donde están reunidos los subsecretarios.

Cuando habla del director de la Seguridad del Estado no se ahorra un supuesto comentario del director de la Guardia Civil,

teniente general Aramburu Topete, sobre el hombre que en esos momentos era el presidente del Gobierno provisional: «Dice a esa X de Laina que no se le ocurra mandar los geos al Congreso».

La X parece insinuar un

calificativo no precisamente cariñoso ni apreciativo.

Autoridad

El fiscal intenta averiguar la personalidad de la autoridad, por supuesto militar, que se anuncia a los diputados. Milans ha dicho que

no sabía quién era y que creía que era Armada.

Armada tampoco lo sabe. Se excusa. Dice que la consigna «Duque de Ahumada», que se le dictan desde Valencia poco antes de salir para el Congreso, era simplemente para entrar en el Congreso y no para dirigir la palabra a los diputados.

El fiscal le insiste en que para entrar allí no hacía falta ninguna consigna. Armada duda. Niega. Niega que él fuera la autoridad militar anunciada por el capitán de la Guardia Civil Muñecas Aguilar.

Se pierde en detalles, quiere contar lo de la camisa. «Le voy a contar lo de la camisa», insiste. Intenta contar que estaba con la camisa de faena caqui y no con la blanca, porque por la mañana, en la Brigada Paracaidista, había estado con la camisa blanca, con el uniforme número dos, que luego le molestaba el fajín y que para estar más cómodo...

El fiscal le interrumpe de nuevo.

—¿Recibió usted una llamada a las tres de la madrugada del día 24 del director del periódico «El Alcázar»?

—Sí, debió ser sobre esa hora o un poco más tarde. Me habló de un manifiesto que iba a publicar. Le dije al señor Izquierdo que era más prudente no publicarlo...